

# CHISPITA

Por *Hildegard Stanley*

GUSTAVO tenía un perrito de aguas que se llamaba Chispita, que el papá le había regalado para su cumpleaños.

Ahora, Gustavo, Chispita es tu perrito, de modo que tienes que darle de comer y ponerle agua fresca en el plato a lo menos dos veces al día. Hace calor, y si no lo cuidas sufrirá sed -le advirtió el papá.

-Sí, papá, lo haré -prometió Gustavo.

Al poco rato llegó Roberto, el amigo de Gustavo, con su nuevo autito a pedal. Los muchachos fingieron que estaban manejando un gran ómnibus. Hacían ruido como hacen los motores. Se detenían para levantar pasajeros imaginarios. Simulaban recibir monedas de los pasajeros para pagar el boleto. Y después que hacían el viaje hasta la esquina y regresaban, jugaban a que los pasajeros descendían del ómnibus.

Ida y vuelta iban los atareados conductores del autobús. Pero no tardaron en acalorarse y sentir sed.

-Vayamos a la cocina para pedir a mamá que nos dé algo para beber -propuso Gustavo e hizo que Roberto entrara en la casa, donde la madre les dio un vaso de limonada fresca a cada uno.

-Qué rico está este refresco -comentó Gustavo cuando él y Roberto lo terminaron.

-No te olvides de dar a Chispita agua fresca para beber -le recordó la mamá.

Roberto había salido corriendo tan pronto como terminó de beber, y ya había partido con el ómnibus rumbo a la esquina. Esta vez le tocaba a Gustavo recibir el dinero. Este saltó a la parte trasera del autito a pedal y allí se fueron los dos hasta el final de la manzana para que los pasajeros pudieran bajar del autobús.

Antes de mucho llegó la hora de comer. La mamá de Gustavo les sirvió un sandwich con un gran vaso de leche fresca.

-Cuando sea grande trabajaré como conductor de ómnibus -anunció Gustavo, muy excitado.

-¡Qué lindo! -respondió la madre.

-Conduciré con mucho cuidado y nunca tendré un accidente ni heriré a nadie -añadió Gustavo.

-Muy bien -dijo la mamá-. No te olvides ahora de darle a Chispita agua fresca, antes de ir a jugar otra vez. ¿Lo harás?

-Sí, mamá -respondió Gustavo.

Pero en ese momento Roberto lo llamó. La mamá de Roberto le había ayudado a cortar pequeños redondeles de cartón, de diferentes tamaños, que simulaban monedas. Ahora podrían jugar como si los pasajeros les entregaran dinero real para pagar sus pasajes.

-Ven -exclamó Roberto-. Ahora me toca a mí ir atrás y recibir el dinero. Yo puedo ponerlo aquí en este bolsillo, ¿ves?

Esa tarde, cuando el papá regresó, Gustavo corrió a recibirlo.

-¿Qué has estado haciendo hoy, hijo? -le preguntó el papá levantándolo en sus brazos y llevándolo a la casa.

-¡Jugando a que era conductor de ómnibus! Roberto y yo manejamos su auto a pedal y jugamos a que era un autobús grande. Cuando sea grande seré un conductor de ómnibus -anunció Gustavo.

-Qué bien, qué bien -aprobó el papá-. Tendrás que aprender a conducir muy cuidadosamente. Y tendrás que ser puntual, porque la gente que viaja en ómnibus tiene que ir a la escuela o al trabajo, y quiere llegar a tiempo.

-Sí, yo seré puntual -dijo Gustavo con confianza.

Cuando entraron en la casa, el padre dijo en voz bajita:

-Espero que haya algo bueno y fresco para beber. Ha sido un día muy caluroso y tengo mucha sed.

La madre notó que estaban cuchicheando y dijo:

-Papá, tengo para ti un lindo jugo de naranja fresco, pero a ti, Gustavo, antes de darte algún jugo, quiero



hacerte una pregunta. ¿Le has dado hoy a Chispita agua fresca?

Gustavo pensó por un momento y luego sacudió la cabeza.

-Me olvidé.

-Ven conmigo, Gustavo -dijo la madre tomándolo por la mano y conduciéndolo al patio donde Chispita tenía su corralito. Allí estaba Chispita con la lengua afuera. Tenía mucha sed. Y junto a él tenía el plato del agua. Pero ¡estaba seco...! No tenía una gota de agua!

-¡Pobre Chispita! -dijo la madre-. Ha estado con calor y sed toda la tarde. Hoy tú recibiste una linda limonada fresca, leche fría para la hora de la merienda y varios vasos de agua fresca durante el día.

Chispita tuvo que estar encerrado en su corralito sin que nadie

le diera un sorbo de agua.

Esa noche, cuando llegó la hora de la historia, el papá le habló a Gustavo de la necesidad de ser responsable. Gustavo no entendía lo que quería decir esa palabra, pero el papá le explicó que significaba hacer los trabajitos que se le encargaban a uno sin que nadie tuviera que recordárselos vez tras vez.

-Si mamá no fuera responsable, no tendríamos nuestra buena comida cuando sentimos hambre.

Tampoco tendríamos ropa limpia que ponernos. Mamá te dijo varias veces que le dieras de beber agua a Chispita. Tú no eres responsable y le hiciste pasar sed a Chispita todo el día.

-Gustavo, en la Biblia hay un texto que dice: "El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel" - continuó el papá-. Esto significa que, si somos cuidadosos para realizar nuestras pequeñas tareas debidamente, adquiriremos buenos hábitos y cuando seamos grandes podrán depender de nosotros para que hagamos cosas más importantes. ¿Entiendes?

-Sí -replicó Gustavo-. Eso significa que si yo quiero llegar a ser un buen conductor de ómnibus, cuando sea grande, tendré que aprender a cuidar debidamente de Chispita ahora.

-¡Correcto! -dijo el papá, arrojando a Gustavo en el aire y recibéndolo en sus brazos-. Vayamos ahora y preparémonos para ir a la cama.